

CONTORNOS DE LO POLÍTICO
ENSAYOS SOCIOLOGICOS SOBRE MEMORIA,
PROTESTA, VIOLENCIA Y ESTADO

Marco Estrada Saavedra

ÍNDICE

<i>Introducción</i>	13
<i>Siglas utilizadas</i>	19

Primera parte

MEMORIA, HEGEMONÍA Y PROTESTA

1. Recuerdos futuros: protesta social y memoria en la gráfica de la <i>Comuna de Oaxaca</i>	25
2. Un ciclo de lucha sindical. La reforma educativa y la protesta magisterial en México (2013-2016)	65

Segunda parte

TRAMAS DE HISTORIAS DE REBELDÍA Y VIOLENCIA

3. Una larga historia: antecedentes del neozapatismo en Chiapas	91
4. Muerte sin fin. Una relectura de la matanza de Acteal de 1997	123

Tercera parte

EL DESENSAMBLAJE DEL ESTADO

5. Cómo colocarle el anzuelo a la ballena. Apuntes sobre la Antropología del Estado	169
<i>Bibliografía general</i>	191

INTRODUCCIÓN

I

Los escritos reunidos en este texto son, en su mayoría, producto de invitaciones a participar en conferencias y coloquios nacionales e internacionales entre 2015 y 2018. No fueron concebidos, en principio, para su publicación. Sin embargo, las discusiones que suscitaron en su momento, más las observaciones, sugerencias y críticas hechas por diferentes colegas, posteriormente, me dieron la oportunidad de reelaborarlos de manera sustantiva. A pesar de haber surgido de circunstancias y ocasiones diversas, los capítulos de *Contornos de lo político* tienen una clara unidad temática e, incluso, conceptual, porque son resultado de mi interés, en la última década, en la política popular contestataria, la teoría de los sistemas sociales y la antropología del Estado.

He escogido el ensayo como forma de escritura porque con él gano en libertad de expresión y mayor inteligibilidad en la comunicación de ideas. Sin la estrechez del corsé teórico y metodológico, ineludible para el trabajo científico, la reflexión ensayística permite explorar los significados políticos y sociológicos de los temas aquí tratados. Para el estudioso, el ensayo sociológico es una forma de intervención en el espacio público más adecuada que el artículo de opinión en la prensa o el comentario en los medios electrónicos, dado que, sin renunciar a la claridad, no pierde complejidad en el tratamiento del tema. Como especialista, el científico social debe confrontar a la opinión pública no con reformulaciones del sentido común y de los actores políticos, como es costumbre entre nosotros, sino con nuevas y paradójicas perspectivas de observación que desentumezcan las creencias dominantes entre el gran público. De este modo, se le invita a repensar lo que consideraba consabido. Otra cosa es continuar con el infausto *populismo académico* de la denominada “comentocracia” que, al menos en los últimos 35 años, ha

dominado la opinión pública sin lograr elevar su nivel discursivo o contribuir a la formación de una auténtica, viva y polémica cultura democrática en nuestra sociedad.

He dividido el escrito en tres partes. En los dos primeros capítulos me ocupo, por un lado, de la relación entre memoria social y protesta, considerando particularmente la lectura de la historia patria en la representación gráfica de los colectivos de artistas urbanos que se sumaron a la APPO; y, por el otro, de la movilización magisterial en contra de la reforma educativa de 2013.

En los capítulos de la segunda parte me interesa poner el neozapatismo en un contexto histórico amplio para entender su lucha por la “democracia, justicia y dignidad” como una más de las tramas de las disputas campesinas y populares en Chiapas desde finales del siglo XIX hasta nuestros días. Asimismo reviso, en el cuarto capítulo, las versiones más influyentes sobre la matanza de Acteal de 1997 con el fin de romper sus reificaciones y simplificaciones y ofrecer una lectura más compleja de este evento, que requiere ser estudiado de manera sistemática y profunda no sólo para comprender sus orígenes y significados, sino también porque allí hay una clave central de las formas, organización, uso y efectos de la violencia social y política que, tristemente, se han hecho tan cotidianas y ubicuas en nuestro país.

En la tercera parte del libro emprendo una lectura de la llamada “antropología del Estado”, cuyo aporte *central*, pero en realidad no el más importante, consiste en el tratamiento del Estado como un producto cultural. Más que un enfoque teórico, esta antropología es una práctica de observación de lo estatal que resulta afín a mis intereses actuales de investigación: lo político como un desdoblamiento subversivo de la lógica del sistema político, que, para su estudio, demanda otras herramientas conceptuales y metodológicas con el fin de ser aprehendido en su diferencia so pena de ignorarlo, homogenizarlo o neutralizarlo.¹

¹ Un esbozo de esta sociología sistémica de lo político, en la que la antropología del Estado tiene un papel central, puede encontrarse en Estrada Saavedra (2014 y 2018).

II

Exceptuando el último capítulo y una sección del primero, en todos los demás he evitado toda disquisición teórica o metodológica para dinamizar la lectura del libro. Esto no significa, sin embargo, que los presupuestos epistemológicos y el marco teórico-metodológico carezcan de un papel importante en cada texto. Todo lo contrario.

El lector atento puede reconocer entre líneas mi concepción de lo social como un ámbito de la realidad *contingente y ambiguo* en el que se producen *efectos y significados plurales y paradójicos*. Por ejemplo, la protesta de la APPO adquiere formas diferentes y novedosas —como la de la gráfica de los colectivos de artistas urbanos— si no es considerada exclusivamente en relación con su movilización contestataria en contra del régimen oaxaqueño y al interior de la dinámica de la producción y circulación del poder en el sistema político. En otras palabras, no reducir fenómenos políticos a la lógica de la política permite ver sus orígenes y reverberaciones en múltiples espacios sociales —como el arte, el derecho, la religión, los medios de comunicación y otros más—. De manera contemporánea, los fenómenos sociales oscilan en diversos sistemas funcionales, cada uno de los cuales los construyen o significan según sus propios códigos y programas especializados. El observador científico debe darse la libertad de asumir una mirada periscópica para hacer justicia a la complejidad inherente de los fenómenos que estudia.

Asimismo, lo social se engrana y desgrana en el tiempo, de allí que sólo la reconstrucción de su historia permite comprender su constitución aleatoria y sus cambios permanentes. Todo empieza en muchos momentos y sitios distintos y con autorías diferentes. Sólo la narración analítica del historiador y del sociólogo proveen coherencia e inteligibilidad (científicas).

En este sentido, en los capítulos de la segunda parte puede apreciarse cómo las identidades sociales, por ejemplo, sin ser volátiles o sólo una máscara cínica colocada por razones oportunistas, se transforman en entramados de relaciones más amplios. De esta manera, qué es el zapatismo o quién es zapatista son cuestiones que deben responderse en marcos temporales bien definidos. A lo

largo de su trayectoria histórica y biográfica, los actores sociales (individuales y colectivos) no son más que “heterónimos”, como bien lo sabía Fernando Pessoa, cuyas identidades son sólo fijaciones transitorias. Siendo ellos mismos radicalmente otros para sí y para los demás, sus intereses, aspiraciones y posiciones son mudables y paradójicas.

Otro de los supuestos que subyacen tras mi labor como sociólogo y que puede apreciarse a lo largo de estas páginas es la naturaleza conflictiva de lo social. De allí que me resulta muy útil tratar los conflictos como *dispositivos* metodológicos y analíticos que develan, con razón, cómo lo social es un proceso dinámico de construcción y reconstrucción inacabado, que los actores dominantes en la sociedad (o, en su defecto, en una relación social) tratan de estabilizar y naturalizar para legitimar sus pretensiones de dominación y los privilegios que de ésta obtienen. Justamente el conflicto demuestra la contingencia del orden normalizado. Aún más, el conflicto tiene su propio orden. Sólo desde la perspectiva de un orden hegemónico se pueden calificar las fuerzas antagónicas a él como anárquicas, anómicas, caóticas, peligrosas, desviadas, patológicas o criminales. El desorden es la distinción necesaria que otorga unidad al orden. En otras palabras, no otorgo ninguna preeminencia epistemológica al orden sobre el desorden. Si aceptamos lo anterior, podremos ver cómo tras la corrupción, la violencia, la muerte, la ilegalidad o la transgresión, por ejemplo, subyacen procesos y estructuras propias que son explicables en términos científicos.

Por último, en mi idea y práctica de la sociología entiendo los fenómenos y actores sociales como ensamblajes frágiles de piezas manufacturadas en la vida cotidiana y los espacios parroquianos, pero también por las fuerzas regionales, nacionales y mundiales que los moldean por medios insospechados, que el sociólogo debe hacer inteligibles vinculando prácticas, discursos, objetos y lugares aparentemente inconexos.

Deseo agradecer a José Luis Escalona (CIESAS-Sureste), Juan Pedro Viqueira (El Colegio de México), Alejandro Agudo Sanchíz (UIA), Anna Garza Caligaris (UNACH), Rodrigo Megchún Rivera (ENAH),

Gilles Bataillon (École des Hautes Études en Sciences Sociales), Marcela Meneses Reyes (IIS-UNAM), Sofía Argüello Pazmiño y Edison Hurtado Arroba (Flacso-Ecuador), Emilio Kuri y Mauricio Tenorio (University of Chicago), Ulrich Mücke (Universität Hamburg), Takeshi Wada y Hiroyuki Ukeda (Universidad de Tokio) y a los dictaminadores anónimos por los comentarios y críticas que hicieron a diferentes versiones de los capítulos. Sus observaciones y sugerencias me han resultado muy enriquecedoras y desafiantes a la hora de redactar este libro. Mis agradecimientos también son para Diana Monserrat González Lozano, quien me asistió en la revisión del manuscrito.

Haus Wandersleben en Bad Sobernheim, enero de 2019.